



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Florescano, Enrique

SAHAGÚN Y EL NACIMIENTO DE LA SAHAGÚN Y EL NACIMIENTO DE LA CRÓNICA MESTIZA

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXIII, núm. 91, verano, 2002

El Colegio de Michoacán, A.C

Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13709104>

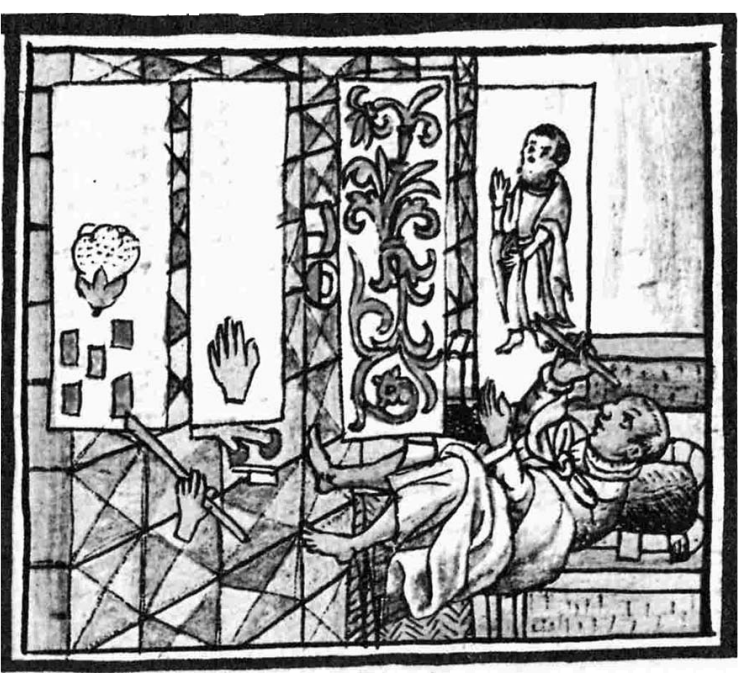
- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

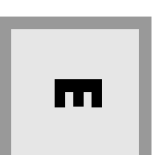


# SAHAGÚN Y EL NACIMIENTO DE LA CRÓNICA MESTIZA

RELACIONES 91, VERANO 2002, VOL. XXIII

*Enrique Florescano* \*  
COORDINACIÓN NACIONAL DE PROYECTOS HISTÓRICOS,  
CONACULTA

El franciscano Bernardino de Sahagún logró una recopilación amplísima de información sobre el México antiguo con métodos de investigación en extremo acuciosos y propios de un antropólogo *avant la lettre*. Su aportación más significativa reside en la reunión y organización del material obtenido, en que ocupan un lugar central las tradiciones más íntimas del pueblo nahuatl acerca de sus orígenes, cosmogonía, valores morales, etcétera, expresados por informantes nativos –en contraste con la crónica europea, en la que se exaltan los actos heroicos del individuo– (Sahagún, México antiguo, *Códice florentino*, memoria indígena, historia mestiza).



En el siglo XVI muchos frailes se interesaron en la historia de los pueblos indígenas y se apoyaron en códices y tradiciones orales para reconstruir su pasado, pero fue el franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590) quien hizo de la recolección de las antiguas pictografías y del interrogatorio a los sabios indígenas un arte refinado y un instrumento indispensable de la indagación histórica. Una primera diferencia entre Sahagún y el método adoptado por sus antecesores fue la elaboración de un cuestionario que contenía preguntas precisas para ser respondidas por sus interlocutores indígenas. Él llamó a este catálogo de preguntas “memoria de todas las materias que había de tratar”. Con este cuestionario inició su ambiciosa pesquisa, dirigida a coleccionar información sobre la historia, lenguas, costumbres y religión de los antiguos mexicanos. Esta indagación, que más tarde adquirió proporciones incommensurables, comenzó de manera sencilla en el pueblo de Tepapulco el año de 1559 y se prolongó hasta 1561. Dice el franciscano que al llegar a este pueblo procedió de la manera siguiente:

En el dicho pueblo hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba don Diego de Mendoza [...] Habéndonos juntado propúseles lo que pretendía hacer y les pedí me diesen personas hábiles y experimentadas, con quien pudiese platicar y me supieran dar razón de lo que les

---

\* [eflorescano@conaculta.gob.mx](mailto:eflorescano@conaculta.gob.mx)

preguntase. [...] otro día vinieron el señor con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces lo usaban hacer, señaláronme hasta diez o doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban allí hasta cuatro latinos, a los cuales yo pocos años antes había enseñado la gramática en el Colegio de Santa Cruz en el Tlatelolco.<sup>1</sup>

Como se advierte, la primera precaución de Sahagún fue allegarse los informantes más compenetrados en las antiguas tradiciones. En Tepepulco recibió además el apoyo de “cuatro latinos”, sus antiguos alumnos indígenas que habían aprendido latín en el Colegio de Tlatelolco. Más tarde fue comisionado al convento de Santiago de Tlatelolco y ahí llevó sus papeles y continuó su encuesta, auxiliado ahora por ocho o diez sabios, “muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas, con los cuales y con cuatro o cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo más, encerrados en el Colegio, se enmendó, declaró y añadió todo lo que de Tepepulco truje escrito, y todo se tornó a escribir de nuevo, de ruin letra porque se escribió con mucha prisa”.<sup>2</sup>

La información recogida en Tepepulco y la colectada en Tlatelolco (1561-1565) fue compilada en los llamados *Primeros memoriales* y en los conjuntos documentales conocidos con el nombre de *Códice matritense de la Real Academia de la Historia y Códice matritense del Real Palacio*.<sup>3</sup> Sahagún fue trasladado más tarde al convento de San Francisco en la Ciudad de México (1565-1568) y ahí revisó y llevó a cabo un tercer ordenamiento y corrección de sus materiales, que él mismo relata:

<sup>1</sup> Alfredo López Austin, “Estudio acerca del método de investigación de fray Bernardino de Sahagún”, en Jorge Martínez Ríos, *La investigación social de campo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, 9-56; y Munro S. Edmonson (comp.), *Sixteenth-Century Mexico. The Work of Sahagún*, University of New Mexico, 1974.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 18.

<sup>3</sup> “*Primeros memoriales*” de fray Bernardino de Sahagún. Textos en náhuatl, traducción directa, prólogo y comentarios por Wigberto Jiménez Moreno, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1974; Bernardino de Sahagún, *Primeros memoriales*, Edición facsimil, fotografías de Ferdinand Anders, University of Oklahoma Press, 1993; y Bernardino de Sahagún, *Primeros memoriales*, paleografía del texto náhuatl y traducción al inglés de Theima Sullivan, University of Oklahoma Press, 1997.

[...] por espacio de tres años pasé y repasé a mis solas todas mis escrituras, y las torné a enmendar y dividirlas por libros, en doce libros, y cada libro por capítulos, y algunos libros por capítulos y párrafos [...] y los mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas a los doce libros [...], de manera que el primer cedazo por donde mis obras se cernieron fueron los de Tepepulco; el segundo, los de Tlatilulco; el tercero, los de México, y en todos estos escriturinos hubo gramáticos colegiales.<sup>4</sup>

Esta tarea se extendió por más de 20 años, desde 1560 hasta 1580, y ocupó sus mejores energías. Como se advierte, su esfuerzo fue doble. Por un lado trabajó arduamente en la definición de las preguntas del cuestionario y en ordenar las respuestas que le proporcionaban los sabios indígenas; luego se dedicó a revisar, corregir y solicitar una y otra vez nuevos materiales en náhuatl, hasta obtener un texto satisfactorio. Acometió más tarde la traducción parcial del náhuatl al español de esos materiales, esfuerzo que culminó en la más conocida de sus obras: *Historia general de las cosas de Nueva España*, cuya primera edición, repimida y censurada en diversas ocasiones, tuvo que esperar hasta los años de 1829-30. Los estudiosos de esta monumental enciclopedia de la cultura náhuatl observaron que en la composición de ella estuvo “presente una jerarquía escolástica y medieval, adaptada, claro está, a la religión y las costumbres de los antiguos habitantes de la Nueva España”.<sup>5</sup> Así, en los distintos borradores Sahagún partió primero de los dioses, continuó con el cielo y el infierno, siguió con el reino terrestre y concluyó con una relación de las cosas humanas y naturales. Sin embargo, Sahagún no se ajustó a los rígidos esquemas clásicos o medievales, pues en la *Historia general* incluyó un relato de la conquista de México elaborado por sus colaboradores de Tlatelolco, y una verdadera novedad: la extraordinaria colección de pictografías que reproducían las antiguas formas indígenas de registrar el pasado.

<sup>4</sup> Sahagún, 2000, I, 130-131.

<sup>5</sup> Garbay 1954, II, 67-69; López Austin 1976, 21-22; Donald Robertson, “The Sixteenth Century Mexican Encyclopedia of Fray Bernardino de Sahagún”, en *Cuadernos de historia mundial*, s.f., vol. IX, núm. 3: 617-628; y Miguel León-Portilla, “La investigación integral de Sahagún”, en *Tollitaciguitl. Aspectos de la cultura nahua*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 101-135.

La *Historia general de las cosas de Nueva España* está compuesta por tres partes que tuvieron fortuna varia en su edición y apreciación posteriores. El llamado *Códice florentino*, considerado por los críticos como el manuscrito original más completo, está integrado por el texto nahuatl, la versión española de ese texto y una colección de más de 1850 ilustraciones. La primera versión del texto náhuatl se escribió en 1559-1561 y posteriormente fue objeto de revisiones y modificaciones hasta 1569, año en que Sahagún hizo una copia en limpio dividida en 12 libros. La traducción española de este texto se concluyó hacia 1579-1580 y fue la más divulgada en los siglos XIX y XX. Recientemente Josefina García Quintana y Alfredo López Austin publicaron la mejor versión paleográfica de ese texto.<sup>6</sup> Pero en conjunto, el *Códice florentino* sólo se publicó completo hasta 1979, en una magnífica edición facsimilar.<sup>7</sup> Esta última dio a conocer por primera vez las fotos en color del extraordinario conjunto de ilustraciones que Sahagún se empeñó que acompañaran al texto bilingüe, y que son una muestra de la manera tradicional que tenían los pueblos nahuas de registrar y contar su historia.

Percibimos entonces que el *Códice florentino* es un palimpsesto, un manuscrito antiguo que conserva huella de tres versiones diferentes del pasado nahuatl. La primera versión es obra de Sahagún y está en castellano. Como advierte el padre Garibay, si sólo esta versión "hubiera quedado, tendríamos ya un monumento perdurable de belleza y valor científico que no tiene semejante en la historia de la cultura americana". Pero como se ha visto, el franciscano se adelantó a su época y como un etnógrafo *avant la lettre* solicitó a los nativos que escribieran su propia versión de la historia. "Hizo, como dice el padre Garibay, que los indios viejos dictaran y comunicaran noticias; hizo que los indios jóvenes, ya

cultivados a la manera de Occidente, redactaran en su lengua originales informaciones y recogieran de los labios de los viejos la moribunda sabiduría antigua. Y celoso de sus datos informativos, los hizo copiar y recopiar [...]".<sup>8</sup> Y a todo esto le agregó la formidable colección de ilustraciones que prolongaron en la situación colonial la antigua tradición pictográfica de Mesoamérica.

La originalidad de la historia conservada en el *Códice florentino* reside en las tres interpretaciones del pasado que ahí conviven. Por un lado está el texto español, que junto con el diseño enciclopédico del libro, es obra entera de Sahagún, producto de su formación intelectual y de su singular manera de ver al nativo americano. Fray Bernardino había estudiado en la universidad de Salamanca y hacia 1516 ingresó en la orden de san Francisco. Tenía una sólida educación religiosa y se había formado en la cultura medieval, una tradición que entretuvo la lectura de los padres de la Iglesia con la de autores griegos y romanos. De esta formación y de su inesperado encuentro con la cultura nahuatl nació el insólito proyecto de recoger en un libro la imagen global del mundo indígena amenazado de destrucción. En 1558 el provincial de la orden, fray Francisco Toral, le pidió a Sahagún, quien ya era reconocido como un experto en el manejo del náhuatl, que escribiera en esa lengua lo que considerara útil "para el acrecentamiento profundo del cristianismo entre los indígenas y para ayuda de los ministros que los adoctrinaban". El mismo Sahagún asentó: "a mí me fue mandado por sancta obediencia de mi prelado mayor que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristianidad destos naturales desta Nueva España y para ayuda de los obreros y ministros que los adoctrinan".<sup>9</sup>

Pero en el transcurso de la elaboración de esta obra Sahagún rebasó esos objetivos. Los libros I a III forman el tratado más completo de que disponemos sobre la religión y los dioses del panteón mexicano, e incluyen una rica descripción de su calendario de fiestas y una muestra de sus himnos rituales, más la famosa saga del encumbramiento y caída de Ce-

<sup>6</sup> Sahagún, 2000.

<sup>7</sup> *Códice florentino*, El Manuscrito 218-220 de la colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana, edición facsimilar, Archivo General de la Nación-Giunti Barbèra, 1979, 3 vols. Antes se publicó en inglés una excelente edición del *Códice florentino*, pero no incluyó el total de las ilustraciones. Véase Bernardino de Sahagún, *Florentine Codex, General history of the things of New Spain*, traducido del azteca al inglés, con notas e ilustraciones por Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, The School of American Research and the University of Utah, 1950-1970, 12 vols.

<sup>8</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Edición de Ángel María Garibay K., México, Editorial Porrúa, 1956, 4 vols. I, Premio general, 10-77

<sup>9</sup> Sahagún 2000, I, "Estudio introductorio", 41 y 129.

FIGURA 1: El dios Quetzalcóatl en una página del *Códice florentino*.

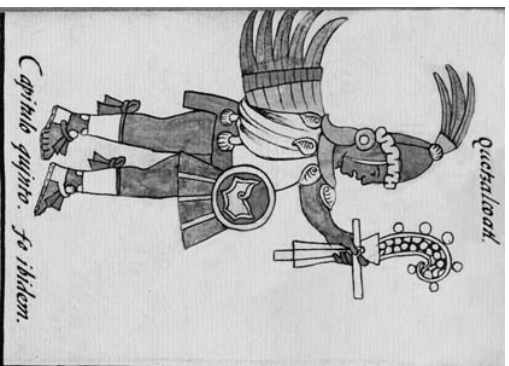


FIGURA 2: La rueda calendárica de los aztecas. *Códice florentino*.

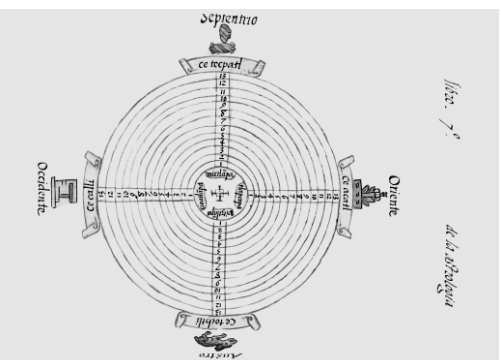


FIGURA 4: Descripción de las actividades de los comerciantes. *Códice florentino*.

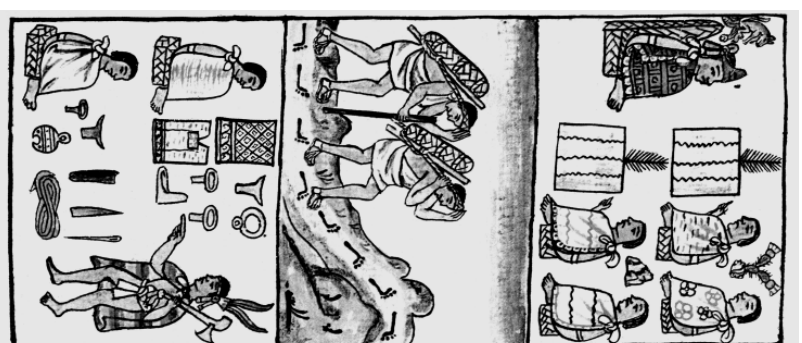
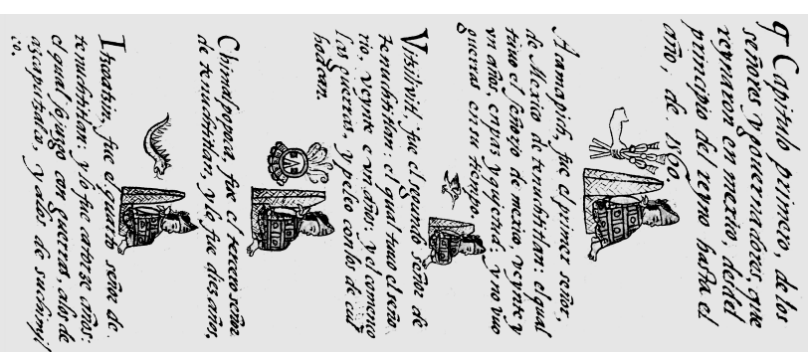


FIGURA 3: Página del *Códice florentino* que describe la serie de gobernantes de México-Tenochtitlán.



amonestaba a las hijas e hijos. El libro VII registra el mito del Quinto Sol y las fiestas que celebraban el ciclo de 52 años. El libro VIII es un relato que reconstruye la historia de los reinos y gobernantes de Tenochtitlán, Tlatelolco, Texcoco y Huexutla (figura 3). El IX trata ampliamente las costumbres y negocios de los mercaderes (figura 4). El X contiene una descripción detallada de los hombres y mujeres mexicanos, de sus diferencias sociales y variedad de oficios, de sus vicios y virtudes y se explaya en la definición de sus enfermedades y me-

dicinas. En el libro XI Sahagún incluyó un sorprendente tratado de historia natural al que tituló “bosque, jardín, vergel de la lengua mexicana”. Aquí se encuentra una minuciosa descripción de la fauna del Valle de México, así como de la flora, los minerales, las aguas y la calidad de la tierra. Por último, el libro XII contiene el extraordinario relato de la conquista de México elaborado por los informantes de Tlatelolco, que sin-

tetiza en forma dramática la visión de los vencidos. En fin, como lo declara el mismo Sahagún con su expresivo lenguaje:

Es esta obra como una red barredera para sacar a luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas buenas y malas. Es para redimir mil canas, porque con harto menos trabajo de lo que aquí me cuesta podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje desta gente mexicana. Aprovechará mucho toda esta obra para conocer el quilate desta gente mexicana, el cual aún no se ha conocido porque vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías [...] fulminó contra Judea y Jerusalem, diciendo en el capítulo quinto: “Yo haré que venga sobre vosotros [...] una gente muy de lexos, gente muy robusta y esforzada, gente muy antigua y diestra en pelear, gente cuyo lenguaje no entenderás ni jamás oíste su manera de hablar, toda fuerte y animosa, codiciósima de matar. Esta gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres e hijos, y todo cuanto poseéis, y destruirá todos vuestros pueblos y edificios.” Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles.<sup>10</sup>

La segunda versión de esta historia es la que directamente proporcionaron los indígenas y está escrita en náuatl con el alfabeto latino. Para aquilatar su verdadero valor se requiere una traducción completa de ella al español, que Sahagún no hizo y que ningún experto en la lengua náuatl ha emprendido hasta el momento. Pero aún sin esa traducción esta parte es un tesoro de la lengua y las tradiciones del mundo náuatl, el más grande repositorio del idioma de ese tiempo y un testimonio invaluable de la transformación que vivía la sociedad indígena en la segunda mitad del siglo XVI. Es sobre todo un testimonio precioso de la mentalidad indígena, de sus modos peculiares de registrar y transmitir el pasado y de sus reacciones y acomodos ante la invasión europea, pues debe recordarse que se escribe cuando apenas habían transcurrido tres décadas de la caída de Tenochtitlán. Es decir, el texto escrito en náuatl es una expresión directa de la cultura y la mentalidad de los mexicanos, no de Sahagún.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 62-63.

Una de las aportaciones más significativas del *Códice florentino* reside en su capacidad para recoger las tradiciones más íntimas del pueblo nawa acerca de sus orígenes, concepción del mundo y valores morales. Estos textos, como lo declara con énfasis el mismo Sahagún al referirse a la paternidad indígena de los *Huehuetlatolli*, son obra de la gente nawa, “porque lo que en este libro está escrito no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo, ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje que en él está. Y todos los indios entendidos, si fueran preguntados, afirmarán que este lenguaje es el propio de sus antepasados, y obras que ellos hacían.”<sup>11</sup>

Son textos que transmiten una interpretación del pasado propia del pensamiento mesamericano, como puede apreciarse en el libro XII del *Códice florentino*, que relata el dramático episodio de la conquista de Tenochtitlán. Así como la filosofía moral, que expresan los cantos y discursos incluidos en el libro sexto, establece una tensión con los valores occidentales, así también el relato de la conquista elaborado por los sabios de Tlatelolco crea una tensión inevitable con las versiones españolas de ese mismo acontecimiento. Este es uno de los rasgos notables del *Códice florentino*: la inclusión de dos o más interpretaciones del mismo suceso, la coexistencia de la concepción indígena del pasado con la interpretación occidental. En el relato de la conquista de México contenido en esta obra el lector vive el drama de los vencidos relatando su derrota y también percibe la tensión del escritor indígena cuando intenta explicar ese acontecimiento funesto con las categorías que antes habían servido para dar cuenta del desplazamiento sorpresivo del transcurrir histórico.

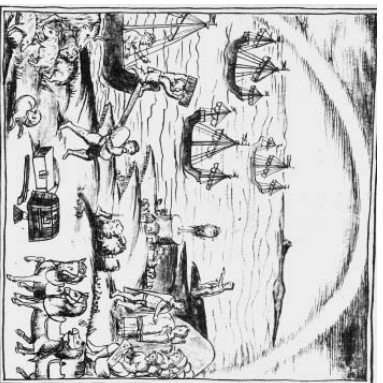
Los autores del relato de la conquista comienzan la narración de ese suceso jamás previsto con un artificio típico de la concepción indígena para enfrentar el hecho inesperado, los augurios.<sup>12</sup> Así como habían registrado en sus antiguos anales que la destrucción de la legendaria Tollan-Teotihuacan fue precedida por una serie de malos presagios, y que el derrumbamiento de Tula y de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcoatl habían sido anticipados por augurios funestos, así también la trágica pérdida

<sup>11</sup> Sahagún, 2000, “Prólogo” al libro sexto, II, 473.

<sup>12</sup> Sahagún 2000, III, Libro doce, 1161-1162.



FIGURA 5: Desembarco de los españoles en las costas de Veracruz. *Códice florentino*.



de Tenochtitlán fue pronosticada por signos malignos. Más adelante el texto se concentra en describir el estupor que causó en los indígenas el arribo de las gentes extrañas navegando en casas flotantes (figura 5) y en narrar los ires y venires de los correos que llevaban noticias al atribulado señor de México.

El relato indígena de la conquista no sigue el molde antiguo de los anales, pues adopta la forma europea de la

crónica de acontecimientos (*res gestae*). Es un relato centrado en el *altépetl*, que expresa el punto de vista de los dirigentes de Tlaltelolco. En contraste con la crónica europea que exalta los actos heroicos del indio, y particularmente los de Hernán Cortés, el relato indígena elogia a los defensores del *altépetl*. Cuando encomia las acciones personales es porque éstas se traducen en una defensa de la comunidad representada por el *altépetl*. Y conserva un sabor nativo inconfundible. Así, Hernán Cortés es transfigurado en Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, el mítico fundador de las dinastías aborígenes, el gobernante destronado que prometió volver y recuperar su reino. El mismo matiz impregna la narración que cuenta el azoro que suscitó en Motecuzoma la llegada de los europeos a la costa (figuras 6 y 7), el envío de obsequios para apaciguar a los supuestos dioses y la des-

FIGURA 6: Motecuzoma es informado del arribo de los españoles a las costas de Veracruz. *Códice florentino*.



FIGURA 7: El despliegue de las fuerzas de Hernán Cortés. *Códice florentino*.

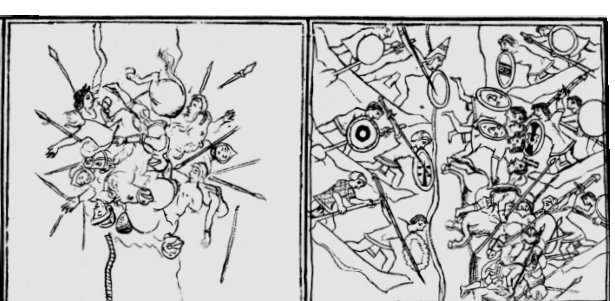


cripción de sus fisonomías: "de cómo tenían las caras blancas y los ojos garzos, y los cabellos rojos y las barbas largas, y de cómo venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos crespos y prietos". O el relato de cómo se concertaban para la guerra: "venían en gran

multitud, en escuadrones con gran ruido y con gran polvareda, y de leños resplandecían las armas y causaban gran miedo en los que miraban. Asimismo ponían gran miedo los lebreles que traían consigo, que eran grandes. Tenían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y carleando. Ansí ponían gran temor en todos los que los vían".<sup>13</sup>

Este relato brinda entonces la visión indígena de la conquista. Describe la angustia que se apoderó del espíritu de Motecuzoma, el encuentro entre éste y Hernán Cortés como una rendición anticipada del reino, la matanza de la nobleza mexicana en el recinto del Templo Mayor, la sublevación indígena y la crónica de la derrota española, cuando Cortés y su hueste salieron huyendo de la ciudad por la calzada de Tlacopan (figura 8). Una serie extraordinaria de imágenes pinta

FIGURA 8: Escenas de la derrota de los españoles en la batalla de la noche triste. *Códice florentino*.



<sup>13</sup> *Ibid.*, 1174 y 1182.



el apresamiento, muerte e incineración de Motecuzoma. El relato de los tlacuilos de Tlatelolco es una pieza única, que integra las cualidades indígenas del registro minucioso de los acontecimientos con las técnicas de la narración europea. Su momento culminante es la descripción del sitio de Tenochtitlán por las fuerzas de Cortés y sus aliados aborígenes, la construcción de los bergantines que decidieron la batalla en el lago y los dramáticos episodios que concluyeron con la prisión de Cuauhtémoc y la pérdida de la ciudad, en un paisaje de desolación y estrago antimico sobrecogedores.<sup>14</sup>

Quizá la tercera versión de la historia contenida en el *Códice florentino* ha sido la más descuidada y la menos comprendida. Se trata de la rica colección de ilustraciones que Sahagún encargó especialmente a los tlacuilos indígenas. El escaso interés que ha merecido quizá se explica porque las primeras ediciones de la *Historia general de las cosas de Nueva España* no incluyeron el material iconográfico y las posteriores apenas dieron una idea parcial de su riqueza. De modo que sólo a partir de la edición facsimilar del *Códice florentino* en 1979 se tuvo una idea del volumen e importancia del material gráfico atesorado en esa obra. Los primeros estudios basados en esta edición descubrieron con sorpresa la abundancia del material gráfico que la recorre. Eloise Quiñones Keber encontró que los *Primeros memoriales* incluyen 544 ilustraciones y el *Códice florentino* la pasmosa cantidad de 1852. Quiñones observó que estas imágenes están perfectamente integradas al texto y que por eso puede concluirse que la elaboración de este material fue de especial importancia para Sahagún.<sup>15</sup> El mismo refiere que los informes que recibió de los sabios indígenas se los dieron en forma de pinturas: “Todas las cosas

<sup>14</sup> Véanse los estudios sobre este relato y otros testimonios indígenas de la conquista en *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959; y Georges Bandot y Tzvetan Todorov (comps.), *Relatos aztecas de la conquista*, Editorial Grijalbo, 1990.

<sup>15</sup> Eloise Quiñones Keber, “Reading images: the makind and meaning of the Sahaguntine Illustrations”, en Klor de Alva, Nicholson y Quiñones, 1988: 199-210; y de la misma autora, “An introduction to the images, artists, and physical features of the *Primeros memoriales*”, en Sahagún, *Primeros memoriales* 1997, 15-37.

que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban...”<sup>16</sup>

Antes que Sahagún, Olmos, Tovar y Motolinía habían reconocido la importancia de las pictográficas indígenas y las recopilaron, se esforzaron en conservarlas y las usaron en la composición de sus obras. Pero entre los europeos interesados en indagar la historia de los indígenas Sahagún es el primero en otorgarle a las pictografías una importancia excepcional y en incorporarlas en gran escala en su propia obra. Como observa Eloise Quiñones, el corpus de imágenes reunido por Sahagún no tiene rival entre las obras pictográficas elaboradas en el siglo XVI.<sup>17</sup>

Las imágenes que pueblan el *Códice florentino* relatan en forma plástica una historia diferente a la que narra el texto náuatl y el texto escrito en español. Es verdad que siguen el modelo de las antiguas pictografías, cuyo objetivo era representar mediante una figura el acontecimiento central que se quería fijar en la memoria, el cual era explicado luego oralmente a un auditorio más amplio. Sin embargo, en la situación colonial en que se escribe el *Códice florentino* las imágenes ya no tienen esa fuerza primigenia y aparecen más bien como ilustraciones del texto. Sabemos incluso que primero se escribió el texto y luego se pintaron las imágenes, un procedimiento impensable en la antigüedad prehispánica.<sup>18</sup> Se observa asimismo que estas pinturas son de menor calidad que las estampadas en los antiguos códices. Se trata, como señalan los expertos, de imágenes ya contaminadas por la tradición iconográfica europea, como el sombreado o la perspectiva. Los tlacuilos indígenas usaron plumas, tintas y papel europeos para componer sus imágenes y el texto.<sup>19</sup> En varias imágenes los tlacuilos denotan un grado avanzado de occidentalización, como cuando pintan paisajes o escenarios urbanos que parecen copiados de grabados europeos.

<sup>16</sup> Sahagún 2000, I, 130.

<sup>17</sup> Quiñones Keber 1988a, 207-209.

<sup>18</sup> Quiñones Keber 1988b, 269; Jeanette Favrot Peterson, “The *Florentine Codex* imagery and the colonial tlacuilo”, en Klor de Alva, Nicholson y Quiñones Keber, 1988, 273-293.

<sup>19</sup> Quiñones Keber, “Deity Images and texts in the *Primeros memoriales* and *Florentine Codex*”, en Klor de Alva, Nicholson y Quiñones Keber, 1988, 255-272; Eloise Quiñones Keber, 1997, 15-37.

Además de incorporar técnicas europeas el *Códice florentino* introduce temas ajenos a la tradición indígena. Como se recordará, los asuntos centrales de los códices prehispánicos eran la creación del cosmos, el origen de los seres humanos, la fundación del reino y la crónica de las hazañas realizadas por los gobernantes. En la representación de estos acontecimientos las figuras prominentes eran los dioses y los gobernantes. En cambio, en las pinturas solicitadas por Sahagún ocupan un lugar destacado las imágenes dedicadas a representar la vida cotidiana: las mujeres y los hombres ordinarios (los *maceuales*), los niños y los artesanos, así como las sencillas tareas del campesino y los oficios de toda índole, desde los muy refinados hasta los más humildes (figuras 9 y 10).<sup>20</sup>

Así, al constatar que en la misma obra conviven una historia narrada por los indígenas en lengua náuatl, la versión de Bernardino de Sahagún escrita en castellano y la historia relatada en imágenes por los tlacuilos indígenas con técnicas propias mezcladas con las europeas, caemos en la cuenta que el *Códice florentino* es un texto híbrido, la más grandiosa crónica mestiza escrita



FIGURA 9: Mujeres conversando. *Códice florentino*.

FIGURA 10: Baño de los niños. *Códice florentino*.



en la Nueva España y uno de los libros más originales producidos por el ingenio humano.

El *Códice florentino* es el descubrimiento de una civilización extraña por una mente excepcionalmente comprensiva. Tan extraña y atractiva resultó esa cultura para el observador europeo que progresivamente lo seduce y lo lleva a construir una imagen animada por el interés de capturar sus legados sustantivos. Desde sus orígenes esta empresa es una mixtura de dos culturas, atravesada por la tensión que destilan los polos que la nutren. Sahagún aprende la lengua náuatl y por este medio privilegiado conoce una de las culturas indígenas más antiguas de Mesoamérica. Y para recoger la riqueza de esa civilización no encuentra mejor recipiente que el formato enciclopédico diseñado por Plinio o los compiladores medievales del saber antiguo. El cuestionario que discutir para penetrar en el pensamiento náuatl es también un artefacto occidental, como lo son sus categorías para clasificar las cosas divinas, humanas y naturales, y todo el armazón teórico y técnico que nutre su indagación.

El *Códice florentino* nace con el propósito de ilustrar a los frailes predicadores sobre la naturaleza de la cultura indígena. Pero el azoro que produjo en Sahagún el conocimiento de los valores que sustentaban esa cultura pronto dejó atrás esa meta. La admiración que le despertó la cultura indígena lo empuja a coleccionar nuevas informaciones sobre sus orígenes, formas de gobierno, educación, filosofía y principios morales, hasta que su empresa adquiere tales dimensiones que no se encuentra ejemplo semejante en la historia occidental.

Así, la compulsión de pagar el cristianismo obliga a los frailes a indagar las tradiciones indígenas y, a su vez, el conocimiento de ese legado enamora a los padres y aviva su interés por el otro. Esta contradicción envuelve la obra de Sahagún. En contraste con Andrés de Olmos, Juan de Tovar, Motolinía o Diego Durán, quienes también se sintieron compelidos a estudiar el sustrato íntimo de la cultura indígena, Sahagún se reconoce incapaz de interpretar por sí mismo ese mundo extraño. Desde su llegada al país había sido educado por indígenas expertos en sus antiguas tradiciones, de modo que en contraste con los cronistas que le antecedieron llegó a la conclusión de que debían ser indígenas los relatores de su propia historia, pues nadie más la conocía mejor.

<sup>20</sup> Quiñones Keber 1988a, 207.

En Tepapulco, en Tlaltelolco, en la ciudad de México y en donde quiera que llega a laborar, Sahagún reúne a los indígenas poseedores de la antigua sabiduría, establece un diálogo con ellos, les explica los asuntos que quiere conocer y les proporciona el papel, las pinturas y las técnicas para que plasmen sus respuestas tanto en el náuatl escrito con el alfabeto latino como en sus antiguas pictografías. Y escucha. Recibe nuevas informaciones sobre asuntos que ignoraba, se asombra con la riqueza metafórica de la lengua nautla y queda sorprendido al ver cómo los indígenas despliegan sus códices y le desvelan hechos que ignoraba o no había podido comprender.

La concurrencia de dos culturas divergentes es la fuerza que anima esta obra. Sahagún escribe en español su gran enciclopedia de la antigua cultura indígena basado en los datos proporcionados por sus informantes, desde su perspectiva occidental. Pero no superpone su voz a la de los relatores indígenas, pues éstos expresan su propia interpretación en náuatl y a través de sus pinturas. Como advierte Tzvetan Todorov, Sahagún respeta la versión náuatl de sus informantes y se abstiene de emitir juicios de valor en la traducción que hace de las partes más espinosas del texto, como son las que se refieren a la religión y los sacrificios humanos.<sup>21</sup> Estas características de la manufactura del *Códice florentino* indican que no hay base para afirmar que los autores de esta obra son exclusivamente los colaboradores indígenas de Sahagún, o en el otro extremo, que se trata del libro de un autor único: Bernardino de Sahagún.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Editions du Seuil, 1982, 234-235.

<sup>22</sup> Donald Robertson, (s.f.: 625.) dice, en relación con esta polémica: "La manera usual de escribir del canónigo Garibay y del doctor León-Portilla respecto de varios textos de Sahagún, tiende a dar el crédito de autor, especialmente de los textos más tempranos, los *Primeros memoriales* y los *Códices matritenses*, a los 'informantes de Sahagún'. Aun cuando ellos deban recibir algún crédito, de hecho se está dando a los 'auxiliares de la investigación', el crédito respecto a la composición de la obra final, algo que no se hace en las prácticas bibliográficas ordinarias [...] Lo que se está pasando por alto, al dar el crédito de los trabajos a los informantes de Sahagún, es que fue el mismo quien estableció el modelo de la obra, concibió una forma de verdadera enciclopedia y que él con sus preguntas, obtuvo la información a través de las respuestas de los informantes, que siguieron los esquemas que él les propuso, para presentar los materiales que él juzgó debían darse a conocer".

Quizá el rasgo más singular del *Códice florentino* es la presencia masiva de la lengua náuatl vertida al alfabeto latino y la autenticidad que recorre el discurso indígena. En un acto sin precedentes, un religioso del grupo conquistador solicitó a la elite cultural de los vencidos escribir en su propia lengua un tratado completo sobre los orígenes, las tradiciones y la religión de su nación. Los sabios de Tepapulco, Tlaltelolco y Tenochtitlan sin duda resintieron las naturales tensiones padecidas por quienes enfrentaron al inesperado reto de explicar sus propias tradiciones a sus dominadores, pero aceptaron ese desafío y escribieron páginas invaluable sobre sus orígenes e identidades. Sahagún no estuvo de acuerdo con todas las interpretaciones suscritas por sus colaboradores indígenas, pero hasta donde sabemos no las censuró ni las suprimió. Tampoco las pasó por alto. En la versión española del texto indígena refutó una a una las referencias a los dioses y la religión que consideró contrarias a la fe cristiana.

Por ejemplo, en el apéndice al libro primero, que se refiere a los dioses antiguos, Sahagún acumuló sus argumentos más incisivos contra la idolatría. Inició su refutación de los demonios de la siguiente manera: "Vosotros, los habitantes de esta Nueva España [...] sabed que todos habéis vivido en grandes tinieblas de infidelidad e idolatría en que os dexaion vuestros antepasados, como está claro por vuestras escrituras y pinturas y ritos idólatricos en que habéis vivido hasta agora". Y más adelante asentó con energía:

Síguense de aquí claramente que Huiztilopuchtli no es dios, ni tampoco Tláloc, ni tampoco Quetzalcóatl. Cihuacóatl no es diosa; Chicomecóatl no es diosa [...] Chalchihuitlicue no es diosa [...] Xuchipilli no es dios [...]. Xipe Tótec no es dios [...]; el Sol, ni la Luna, ni la Tierra, ni la Mar, ni ninguno de todos los otros que adorábades no es dios; todos son demonios. Ansl lo testifica la Sagrada Escritura diciendo: *Omnis filii gentium demonia*. Que quiere decir: "Todos los dioses de los gentiles son demonios".<sup>23</sup>

Y en otra parte, cuando se refiere al calendario y las formas antiguas de computar el tiempo y celebrar sus fiestas, arremete contra Motolinía

<sup>23</sup> Sahagún, 2000, I, 112-117.

y sus informantes indígenas. Refuta expresamente a Motolinía, quien afirmó que ese calendario estaba basado en la ciencia natural y no tenía trazas de idolatría. Según Sahagún, todo ello

es falsísimo, porque esta cuenta no le llevan por ninguna orden natural, porque fue invención del Demonio y arte de adivinación [...]. En lo que dice [el padre Motolinía] que en este calendario no hay cosa de idolatría, es falsísima mentira, tienen muchas cosas de idolatría y muchas supersticiones y muchas invocaciones de los demonios, táctica y expresamente, como parece en todo este Cuatro Libro [...].<sup>34</sup>

Así, cada vez que Sahagún percibe la antigua idolatría no vacila en retutarla. Lo que sorprende es que haya respetado la libre expresión de sus informantes.

Ninguna otra obra entonces ni más tarde encerró en sus páginas con igual liberalidad la sorprendente confluencia de dos tradiciones culturales contrapuestas, ni recogió con tal vigor el drama del primer entrelazamiento entre la antigua cultura indígena y la civilización occidental. Tiene la rara condición de hospedar en el mismo recipiente dos concepciones del mundo extrañas y contradictorias y de ser a la vez el primer mortero donde ambas empezaron a entremezclarse y a forjar una nueva realidad, una historia mestiza.

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, I, 423-425.